

Tiempos de monarquía

Virginia Ordóñez



Los vientos murmuran que en el otro lado del Pacífico, nació un gigante redondo y con corona, otros cantan que se fecundó bajo la cobija del tirano yanqui del norte, y ante la incertidumbre de su alumbramiento y de su ira, sucumbe el mundo como era conocido.

El reino animal se ha revelado y los hombres yacen encarcelados detrás del cristal de la ventana, las hojas de los árboles se burlan y juegan a dibujar barrotes con sus sombras, los ríos otra vez respiran y el pasto renace bajo la llovizna, mientras el firmamento vuelve a sonreír con un dejo azul, estrellado.



El miedo ha sido liberado y con él las bestias
internas de los hombres, deambulan rabiosas
mordiéndolo la noble mano de quien las auxilia,
escupen veneno para arriba mutilando
el aliento que a otros ayuda a vivir, ignorantes
que del aire por ellos sofocado, depende el hilo
de sus vidas. Se yerguen feroces en dragones
que vomitan fuego sobre campos no infectados,
depredadores oscuros de lo ajeno, que calcinan
lo que en un futuro podría ser su único sustento.

Las calles se arrastran vacías, moribundas,
el hambre se anuncia como miembro real
del principado, el oro de los pueblos
se desmorona, el imperio su nimbo acrecienta
y abundan en el mundo los de ojos lacrados
que son envueltos en bolsas de plástico y lejos
de sus familias, incinerados. Los vivos ya no
subliman ni humedecen la despedida
de sus muertos.

En la catástrofe aún existen los que
ante el poderío del monarca su frente
no doblegan, levantan la cabeza, emiten
melodías desde su nidos , extienden
sus brazos como tentáculos para salvarnos
y escriben odas de esperanza con su propio
aire, en un mundo donde el oxígeno
se ha agotado.

